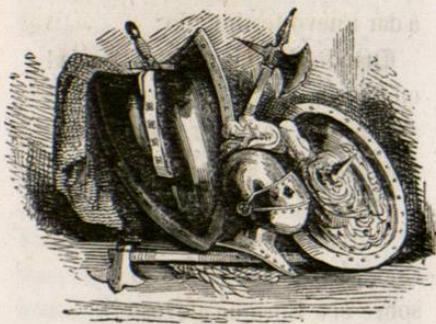


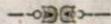
No duró mas el combate ;  
de su rei en lo mas hondo  
del corazon , la corona  
busca Enrique, hunde hasta el pomo

El acero fratricida,  
y con él el puño todo  
para asegurarse de ella ,  
para agarrarla furioso.

Y la sacó.... Goteando  
sangre !!!.... De funesto gozo  
retumbó en el campo un *viva* ,  
y el infierno repitiólo.



## DON ÁLVARO DE LUNA.



### ROMANCE I.

#### LA VENTA.

En la ruta de Portillo  
y en las márgenes del Duero ,  
hubo ( aun escombros lo dicen )  
una venta en otro tiempo.

A su puerta una mañana  
estaba sentado un lego  
de San Francisco, tres mulas  
de los ronzales teniendo.

De la venta en la cocina  
se hallaban dos reverendos,  
de una sartén apurando  
magras con tomate y huevos.

De maestresala servía  
sin caperuza el ventero,  
que solícito llenaba  
las tazas de vino añejo.

Era el uno el padre Espina,  
predicador del convento  
del Abrojo, el otro un fraile  
anciano, de ciencia y peso.

Aunque con buen apetito,  
mustios ambos y en silencio  
se mostraban, cuando el huésped  
les habló así con respeto:

«¿Es verdad, benditos padres,  
que el Condestable está preso?...  
Anoche dió esta noticia,  
que nos pasmó, un caballero.» —

Contestóle el religioso:

«Pues no os engañó, que es cierto.»

Y continuó el padre Espina:

«Sí, desengaños son estos

«Que avisan á los mortales

de que son perecederos

los bienes que nos da el mundo,

y su grandeza embeleco.»

El villano, sin turbarse,  
le cortó el sermón diciendo:

«Y también de que castiga  
sin palo ni piedra el cielo.

«Aun está fresca la sangre  
de Alonso López Vivero.

Yo estaba al pié de la torre  
cuando el Condestable mismo

«Le arrojó de ella: y he visto  
de oro las cargas á cientos  
entrar allá en su palacio.

Dicen también, y lo creo,

«Que hechizado al rei tenía,

y aun añaden...» — «No debemos,

dijo grave el religioso,

dar á hablilla tal, acceso.»

La ventera que hasta entónces  
se estuvo callada al fuego,  
con la mano en la mejilla  
mostrando gran sentimiento,

Y que era, aunque no mui verde,  
fresca y limpia con extremo,  
abultada de pechera  
y con grandes ojos negros,

Saltó súbita: « Envidiosos,  
que no sirven, ni por pienso,  
para descalzarle, han sido  
los que en trance tal le han puesto. »

Díjole el marido: « Calla; »  
y ella respondió: « No quiero...  
qué señor tan llano!..... parte  
el corazón!..... Mes y medio

« Hace que le vimos todos  
tan galan, en el festejo  
que se celebró en la plaza  
de Valladolid..... Qué diestro!

« Qué valiente!..... Qué gallardo!  
Fué el único del torneo. »—

« Calla, » con cólera grande  
volvió á decir el ventero;

Y ella, en vez de obedecerle,  
á continuar: « Qué discreto!  
el oírle daba gusto.....

Alfonso López Vivero

« Era un vil, que le vendia. »

« Calla, » repitió de nuevo  
más airado el hombre; y ella:  
« No me da la gana: cierto

« Es cuanto digo..... El tesoro  
lo ganó en la guerra, ó premio  
es que el rei le ha dado en paga  
de servicios que le ha hecho.

« La reina y los ricos-hombres  
revoltosos y soberbios..... »—

« Maldita tu lengua sea,  
clamó furioso el ventero.

« Tú porque allá te criaste  
en su palacio, y..... yo necio! »

Y ella prosiguió llorando:

« La tonta fuí yo, mostrenco. »

Iban en el matrimonio  
á poner paz y concierto  
los padres, cuando, *ya llegan*,  
gritó desde fuera el lego;

Y dejando á los esposos,  
que sin duda prosiguiendo  
la disputa, la acabaron  
á puñadas, según temo,

Fuéronse á la puerta al punto,  
sobre sus mulas subieron,  
y aquella venta dejaron  
hecha un abreviado infierno.

## ROMANCE II.

## EL CAMINO.

Se alza una nube de polvo  
de léjos por el camino,  
y al tropel que la levanta  
borra y tiene confundido.

En ella relampaguean  
reflejos de acero limpio,  
y forman un trueno sordo  
herraduras y relinchos.

Dando lugar á que llegue,  
los religiosos franciscos  
á lento paso se ponen,  
y atras miran de continuo.

Se acerca gran cabalgada,  
y vese claro y distinto  
que Diego Estúñiga, el jóven,  
es de ella jefe y caudillo.

En un alazan fogoso  
viene, de hierro vestido,  
la gruesa lanza en la cuja,  
la luenga espada en el cinto,  
Un penacho jalde y negro,  
cual matorral sobre un risco,  
ondea sobre su almete,  
y da al sol variados visos.

El ancho dorado escudo,  
de una cadena ceñido,  
ostenta la banda negra,  
timbre de su casa antiguo.

Vienen tras él diez jinetes,  
de la cimera al estribo,  
armados de punta en blanco,  
y en las lanzas pendoncillos.

Marchan todos en silencio,  
y en todos el sobrescrito  
de gran duelo y gran tristeza  
se ve de ballesta á tiro.

Se dijera ser la escolta,  
no de un caballero vivo,  
sí de un caballero muerto  
que iba al postrimer asilo.

En medio de ellos venia,  
cabizbajo y abatido,  
caballero en una mula  
con jaezes harto ricos,

Un insigne personaje ,  
de aspecto notable y digno ,  
de estatura no mui alta ,  
pero gallarda y de brio.

Un sayo de paño verde  
con franjas de oro guarnido  
es su traje , y lleva al hombro ,  
mas blanco que los armiños ,

Un gran manto, en cuyos pliegues  
la cruz roja, distintivo  
de maestre de Santiago ,  
luce en recamo prolijo ;

Y una toca de velludo  
negro con bordados picos ,  
mas sin airon ni garzota ,  
es de su cabeza abrigo.

Era su mirar resuelto ,  
bien que apagado y sombrío ,  
y su aire tan de persona  
de poder y de dominio ,

Que por mas que se notaba  
ser un preso , descubrirlo  
sin sentir, era imposible ,  
cierto respeto sumiso.

D. Álvaro era de Luna,  
del rei D. Juan favorito,  
que á Castilla largos años  
rigió sin freno á su arbitrio.

Cuando emparejó la tropa  
con los dos padres franciscos ,  
paráronse estos , y humildes  
saludo cortes y fino

Hicieron al Condestable ,  
de quien eran mui amigos.

D. Álvaro contestóles  
tan galan como espresivo :

Ellos en la armada escolta  
se ingirieron de improviso ,  
tomando del gran maestre  
á uno y otro lado sitio.

Largo rato caminaron  
todos en silencio hundidos ;  
pero al cabo el padre Espina  
se resolvió y así dijo :

« En verdad , señor , que valen  
poco del mundo mezquino  
las honras y los haberes  
para el varon de juicio.

« El hombre cristiano y cuerdo  
debe hácia norte mas fijo  
encaminar su esperanza ,  
servir solo á Dios benigno.

« Lo que nos da , lo mantiene ,  
y al que busca en él asilo ,  
para siempre se lo acuerda  
en eterno paraíso. »

Con grande atencion escucha  
tan saludables avisos

D. Álvaro , que engañado  
juzgó , al salir de Portillo ,

Que iba á recobrar honores ,  
favor , riqueza y dominio ;  
y entreviendo en el instante  
su verdadero destino ,

Se estremeció á pesar suyo ,  
cubrióse de sudor frio ,  
y , « Voi á morir acaso ? »  
preguntó como indeciso.

Contestóle el religioso :

« Todos , miéntras somos vivos ,  
vamos á morir. El hombre  
que va preso... en mas peligro... »

— « Basta, » exclamó el Condestable ;  
y dando á su aspecto altivo  
gran dignidad y gran calma ,  
y al semblante noble brillo ,

« Basta, siguió , no es la muerte ,  
cuando se sabe de fijo  
que llega , tan espantosa  
como el vulgo vil ha dicho.

« Venga pues : si el rei lo quiere ,  
yo con gusto la recibo.

Padres , hasta el duro trance  
no me dejéis , os suplico. »—

Oyendo tales razones  
lloró Estúñiga escondido  
en su celada , y lloraron  
hasta los armados mismos.

Ambos buenos religiosos  
cumplieron bien con su oficio ,  
consolando al Condestable  
con discrecion y con tino ,

Y él , oyéndolos atento ,  
siguió la marcha tranquilo ,  
sin dar de dolor ni susto  
en su noble rostro viso.



## ROMANCE III.

LAS CALLES.— LA CAPILLA.— EL PALACIO.

Para quien al dia siguiente  
mira la muerte segura ,  
el declinar de la tarde  
solemnidad tiene mucha.

En el sol, que va á ponerse,  
y espeso vapor ofusca,  
(semejante á un rei que el trono  
á su pesar desocupa,

Y dignidad conservando  
del mundo huye, y se sepulta  
donde los hombres no adviertan  
su dolor y desventuras)

Con honda atencion los ojos  
clavó D. Álvar de Luna.  
Así que lo vió traspuesto  
lanzó un suspiro de angustia,

Como el que lanza el amante,  
cuando el horizonte oculta  
el bajel, en que su amada  
los desiertos mares surca

Para no volver. Ansioso  
lleva sus miradas mudas  
á los montes apartados,  
cuyas cumbres aun relumbran,

A los ya enlutados bosques,  
á las calladas llanuras,  
á los altos campanarios  
que entre nieblas se dibujan:

Retardar el despedirse  
de la perspectiva angusta  
que presenta el universo,  
parece que solo busca.

Y al notar que poco á poco  
la luz menguante y confusa  
del crepúsculo confunde  
la escena que le circunda,

Piensa ya ver de la muerte  
la terrible sombra, en cuya  
oscuridad para siempre  
corre á hundirse, y se atribula.

Sus pensamientos penetran  
los doctos frailes, y endulzan  
con eternas esperanzas  
su meditacion profunda.

---

Entre dos luces llegaron  
á Valladolid, y turba  
desordenada en las calles  
con sordo rumor circula.

De Alonso López Vivero  
por la calle y casa cruzan,  
donde viven sus criados,  
donde llora su viüda.

Aquellos, como canalla  
que si al poderoso adula,  
en cuanto le ve caido  
feroz le escarnece y burla;

De la cabalgada el paso  
atajan con negra furia,  
y con denuestos y voces  
al ilustre preso insultan.

Este furioso (presente  
el tiempo pasado juzga,  
que aun conserva el poderío,  
que aun domina á la fortuna)

Lleva soberbio la mano  
á buscar en su cintura  
la guarnicion de la espada...  
mas, ai! en vano la busca.

Va preso... espada no lleva...  
Ah!... lo advierte, y furibunda  
mirada va á dar al cielo;  
mas se anonada y conturba.

Queda con los ojos fijos,  
parece su faz difunta:  
tiembla, y en sudor helado  
sus miembros todos se inundan.

Delante se halla un espectro...  
un espectro!... Sí: la mula  
algo ve tambien; esquiva  
se rezela, empina y bufa.

¿De Alonso López Vivero  
ha salido de la tumba  
la sombra? — De que el maestre  
ante sí la vió, no hai duda.

En confesion se lo dijo  
aquella noche con muchas  
lágrimas al padre Espina...  
de Dios la venganza es justa.

Con el cuento de la lanza  
á palos abre la turba  
Estúñiga denodado,  
y la atropella y asusta;

Y en salvo al ilustre preso  
condujo á la casa suya,  
en que estaba preparada  
una capilla segura,

Donde pasó el Condestable  
con la espiritual ayuda  
noche serena, pidiendo  
á Dios perdon de sus culpas.

Cenó, durmió cortos ratos,  
repitió tambien algunas  
trobas del famoso Mena,  
que pintan como locuras

Las mundanas ambiciones:  
oró con fervor, en suma  
fué un cristiano, un caballero,  
un hombre de fe y de alcurnia.

Entre tanto, el que parece  
ser el reo, á quien la dura  
sentencia estaba leida,  
y á quien la cuchilla aguda

Del verdugo amenazaba,  
era el rei... Mísero! lucha  
náufrago desventurado  
en airado mar de angustias.

Ama á D. Álvaro, mira  
su sentencia como injusta;  
de la reina y de los grandes  
se la ha arrancado la furia.

Que su trono se desploma,  
y hasta su existencia juzga,  
y que al morir el maestre  
abrazadas irán juntas

El alma de aquel amigo  
y el alma afligida suya.  
¡Grande mal es la flaqueza  
en hombre que cetro empuña!

Revolcándose en su lecho,  
rasgando sus vestiduras,  
paseándose sin tino  
por la cámara, que alumbra

Una lámpara medrosa,  
que en el cortinaje abulta  
vagas sombras... infelize!  
qué noche pasó!... Que ocupa

Ve un rincon de aquella sala,  
de pié con la boca muda,  
su físico Fernan Gómez.

A él se va las manos juntas,

Y suplicante le dice:

« Si es que mi salud procuras,  
anda á ver al Condestable,  
así Dios te dé su ayuda. » —

El bachiller respondióle:

« Le debo mercedes muchas,  
perdone vuesañoría,  
no oso verle en tal angustia. » —

Conmovido el rei, en llanto  
rompió y en voces confusas,  
que el alma á Gómez partieron,  
segun dicen cartas suyas.

Entró al estruendo la reina  
en la cámara, cual una  
aparicion, como maga  
que viene á doblar astuta

Los encantos y conjuros  
con que alto preso asegura,  
y con que la empresa afirma,  
de que pende su fortuna.

Calló el rei , quedó de mármol  
al verla : ella le pregunta ,  
« Qué es esto ? » y oyendo , « Nada , »  
retiróse mui adusta.

Largo rato el rei estuvo  
cual ligado por la oculta  
fuerza del prestigio. Luego  
torna á mas reñida pugna

De afectos : la amistad vence ,  
llama con voz resoluta  
á Solis su maestresala ,  
dícele : « Al momento busca

« A Diego Estúñiga , y dile... »  
En su garganta se anuda  
la voz , porque entra la reina  
otra vez... calla y trasuda.

La reina á Solis llevóse ,  
y el rei abrió con presura  
el balcon , cual si quisiese  
gozar del aura nocturna :

Y el trono , cetro y corona  
maldiciendo en voces mudas ,  
ojos de lágrimas llenos  
clavó en la menguante luna.



## ROMANCE IV.

## LA PLAZA.

Mediada está la mañana ;  
ya el fatal momento llega ,  
y D. Álvaro de Luna  
sin turbarse oye la seña.

Recibe la Eucaristía ,  
y en Dios la esperanza puesta ,  
sereno baja á la calle ,  
donde la escolta le espera.

Cabalga sobre su miula ,  
que adorna gualdrapa negra ,  
y tan airoso cabalga ,  
cual para batalla ó fiesta.

Un sayo de paño negro  
sin insignia ni venera  
es su traje , y con el garbo  
que un manto triunfal , lo lleva ;

Y sin toca ni birrete ,  
ni otro adorno , descubierta ,  
bien aliñado el cabello ,  
la levantada cabeza.

Los dos padres franciscanos  
se asen de las estriberas ,  
y hombres de armas en buen orden  
le custodian y le cercan.

Así camina el maestre  
con tan gallarda presencia  
y con tan sereno rostro ,  
que impone á cuantos le encuentran.

Sus enemigos no osan  
clavar la vista soberbia  
en él , como consternados  
ya de su venganza horrenda :

Sus partidarios parecen  
decirle con mudas lenguas ,  
que aun morirán por salvarle  
y encenderán civil guerra.

Y aquel silencio terrible  
por todas las calles reina ,  
que ó gran terror , ó despecho  
grande siempre manifiesta.

Silencio que solamente  
de cuando en cuando se quiebra  
con la voz del pregonero  
que á los mas valientes hiela ,

Diciendo : *Esta es la justicia  
que hacer el rei ordena  
á este usurpador tirano  
de su corona y su hacienda.*

Siempre que oye el Condestable  
este vil pregon , aprieta  
la mano del padre Espina  
que en voz sumisa le esfuerza.

Arriba á la triste plaza ,  
que há pocos dias le viera  
tan galan en el torneo ,  
con tal poder y opulencia.

El apretado concurso  
el cuadrado espacio llena :  
vese una masa compacta  
de rostros y de cabezas :

Parece que el pavimento  
se ha elevado de la tierra ,  
ó que casas y palacios  
su basa han hundido en ella.

Un callejon , que tapiales  
de hombres apiñados cierran ,  
sirviéndole de linderos  
lanzas en vez de arboleda ,

Ofrece paso hasta donde  
lecho de muerte descuella ,  
en mitad del gran gentío  
que como la mar olea ,

El reducido tablado,  
enlutado con bayetas,  
una gran tumba parece  
que el pueblo en hombros sustenta.

Sobre él está colocado  
un altar á la derecha,  
de terciopelo vestido;  
y entre amarillas candelas,

Cuya luz el sol deslustra  
y arder el viento no deja,  
un Cruzifijo de plata  
en cruz de ébano campea.

Yace un atahud humilde  
colocado á la izquierda:  
cerca de él se ve una escarpia  
en un pilar de madera;

Y en medio, de firme, un tajo,  
delante una almohada negra,  
y una hacha, en cuya cuchilla  
los rayos del sol reflejan.

Al pié del cadalso el reo  
de la alta mula se apea:  
fervoroso el padre Espina  
con él sube y no le deja.

De pié ya sobre el tablado  
tres personas se presentan  
á las medrosas miradas  
de la muchedumbre inmensa:

El ministro de la muerte,  
el que lo es de vida eterna,  
y el que dando al uno el cuerpo  
al otro el alma encomienda.

Turbado el tosco verdugo  
de atreverse á tal alteza,  
necio terror da á su frente  
que cubre jalde montera.

El religioso metido  
en su capucha, se queda  
de mármol: cruza los brazos,  
y con fervor mudo reza.

El Condestable, sereno,  
el pié al Cruzifijo besa,  
y luego tiende los ojos  
por la turba que le observa;

Y viendo junto al tablado  
en actitud lastimera  
á Moráles su escudero,  
hecho de lealtad emblema,

Le llama, de oro un anillo,  
que el sello de sellar era  
de su puridad las cartas,  
del pulgar quita, y le entrega

Diciéndole: « Amigo, toma,  
ya no conservo otra prenda. »—  
Despues atisbó á Barrasa,  
paje del príncipe, cerca,

Y así le habló en voz sonora:  
« Dile á tu dueño, que vea  
de dar á los que le sirvan,  
otra mejor recompensa. » —

Viendo el pilar y la escarpia,  
« Para qué? » pregunta. Tiembla  
el sayon, y le responde,  
hablar no osando, por señas.

Y prosiguió el Condestable  
con una sonrisa acerba:  
« Despues de yo degollado,  
nada son cuerpo y cabeza. »

Entónces el padre Espina  
que piense solo, le ruega,  
en Dios; y él, « Padre, es mi norte  
y mi esperanza, » contesta.

Se ajusta el traje, descubre  
la garganta, ve que llega  
el verdugo para atarle  
las manos con una cuerda:

Saca del seno una cinta  
labrada con oro y seda,  
y, « Átalas, le dice, amigo,  
si es necesario, con esta. » —

De hinojos en la almohada  
se pone, el cuello presenta,  
el religioso le grita:  
« Dios te abre los brazos, vuela. »

El hacha cae como un rayo,  
salta la insigne cabeza,  
se alza universal gemido,  
y tres campanadas suenan.

